

J. G.  
BALLARD

EL DÍA  
DE LA CREACIÓN

En la árida y convulsa Port-la-Nouvelle, capital de una remota república centroafricana, el doctor Mallory se ve obligado a clausurar la clínica de la OMS que dirige. La fantasía de descubrir un nuevo Nilo para reverdecer el Sahara convierte al británico en un hidrógrafo e ingeniero aficionado que emprende una obsesiva búsqueda de agua. Prodigiosamente, de la tierra ocupada por un viejo roble brota una fuente que pronto devendrá en un río colosal. La zona florece, proliferan los pájaros y las bestias; con acrecentado empeño, Mallory remontará el caudal a fin de desentrañar el misterioso origen de lo que él considera su propia creación. Novela de aventuras o alegoría erótica, esta fábula del siglo XX nos traslada al corazón de los conflictos que sacuden el África subsahariana en una sinuosa odisea donde la lógica delirante hace del sueño una viciosa pesadilla.

## 1. La mujer del desierto

SUEÑOS DE RÍOS, como escenas de una película olvidada, derivan a través de la noche, en tránsito entre la memoria y el deseo. Una hora antes del amanecer, Mientras dormía en la caravana junto al lago seco, me despertó el sonido de un inmenso caudal. Parecía fluir en la oscuridad a pocos metros de mí, tamborilera en los paneles de contrachapado y me desconectaba los huesos de la cabeza. Echado en el colchón roto, traté de afirmarme contra las promesas y amenazas de ese río invisible. Como en todas mis visitas de fin de semana a la ciudad abandonada, me había sobrecojido la visión de un tercer Nilo cuyos tibios afluentes cubrían todo el Sahara. Atraído por mi mente, fluía hacia el sur a través de las fronteras del Chad y del Sudán y deslizaba sus aguas de contrabando por el seco cauce junto al aeropuerto en desuso.

¿Había aterrizado en la oscuridad algún avión secreto? Cuando bajé de la caravana vi que el río se había ido, desvaneciéndose como un gran avión con las luces apagadas entre el cuartel de policía y el casco quemado de la fábrica de cigarrillos. Se había levantado un viento frío y una marea de arena su desde el lecho del lago. Los finos cristales junto a caravana me lastimaban los pies descalzos como agujas de hielo; el río invisible se había helado mientras yo me acercaba.

En la oscuridad el polvo de marfil jugueteaba contraía playa como un oleaje fantasmal. Los nómada habían hecho pequeñas hogueras, los refugiados de Sudán que descansaban aquí en camino al sur, a lo grandes valles boscosos

del río Kotto. Cada fin de semana hallaba que habían arrancado nuevos tablones de la lancha policial del capitán Kagwa; encendían los polvorientos maderos con cintas de celuloide abandonadas por la compañía cinematográfica. Docenas de esos cuadraditos nacarados emergían de la arena, como si el árido lecho del lago entregara sus sueños a la noche.

Una vez más noté que una mujer extraña había estado allí, recogiendo las tiras de película antes de que se destruyeran. Yo había visto sus huellas durante las últimas semanas, las curiosas pisadas en el suelo del dispensario de esos dedos finos y esa cicatriz en el talón, y su distraído trajín doméstico alrededor de la caravana. Durante algún tiempo había sospechado que me vigilaba. Los alimentos y cigarrillos que yo abandonaba eran siempre eliminados. Inclusive le había dejado un pequeño regalo en los escalones de la caravana, un visor de plástico y una serie de diapositivas turísticas del Nilo en Assuan, por si el humor déla cósale atraía. La semana pasada, cuando llegué ala caravana, descubrí que el colchón había sido reparado con hilo y alambre, aunque quizá para su comodidad y no para la mía.

La idea de que compartía mi cama con una de esas jóvenes del desierto añadía especial encanto a mis sueños del río nocturno. Si ella sufría de eczema o de impétigo pronto aparecería la infección en mi piel, pero echado en la litera prefería pensar en esa mujer desnuda hasta la cintura, bañándose en las tibias aguas que fluían dentro de mi cabeza.

Sin embargo, su interés principal estaba claramente en las tiras de película. Cuando llegué a la caravana encontré un cubo de plástico metido debajo de los escalones de madera. Me arrodillé en el suelo frío y examiné los curiosos desechos que la joven había reunido: jeringas de vacuna, vacías, del suelo del dispensario; un horario del ferry del lago Kotto, una cápsula de bala de bronce y la cubierta de

una lente de cámara cinematográfica, entre una nube de trozos de película recogidos en la playa.

Esos objetos reunidos formaban un registro de mi vida, un inventario donde se resumían todas las aventuras que se habían iniciado en aquella desastrada ciudad de la provincia septentrional de una remota república centroafricana. Acerqué a mis labios la cápsula de bala y saboreé el extraño aroma, tan potente como el recuerdo del abrazo de Noon, que se adhería al metal opaco. Pensé en mi viaje por el Mallory y mi combate con el gran río que yo había creado y tratado de matar. Recordé mi obsesión con Noon, mi duelo con el helicóptero del capitán Kagwa y todos los demás acontecimientos que se habían iniciado un año atrás cuando el general Harare y sus guerrilleros llegaron por primera vez a esta ciudad en ruinas...

## 2. Los hombres armados

—¿LO VAN a ejecutar, doctor Mallory?

Busqué a la mujer que me gritaba, pero el cañón de un rifle me azotó los hombros. Caí al suelo a los pies de los hombres armados y me corté la mano con la lata descartada de la película que la fotógrafo japonesa cargaba en su cámara. Dentro de unos segundos, el costoso celuloide vería por vez primera la luz del día mientras registraba mi propia muerte.

Quince minutos más tarde, cuando el general Harare retiró a sus guerrilleros al bosque y abandonó la ciudad de la ribera del lago que había ocupado durante unas pocas horas terribles, yo todavía trataba de no responder a tan abrumadora cuestión. Lanzada contra mí como una pregunta en una caótica conferencia de prensa, resumía los peligros de aquella última tarde absurda en Port-la-Nouvelle.

¿Me iban a fusilar? Mientras los guerrilleros me empujaban hacia la playa debajo del cuartel de la policía, grité a la joven japonesa de ondulante mono plateado.

—¡No! Dígale a Harare que acabo de pedir una nueva amalgama dental para sus hombres. Esta vez no se les saldrá el relleno...

—¿El relleno...?

Escondida detrás de su cámara de mano, la señorita Matsuoka fue arrastrada por el grupo de soldados excitados que corrían hacia el lago, en parte algarada playera y en parte turba de linchamiento. Había una confusión de gritos vibrantes, armas jocosamente apuntadas al sol y rodillas movidas por la música que brotaba de las radios y los mag-

netófonos saqueados que los hombres llevaban colgados del cuello entre sus granadas y cartuchos.

Se oyó un bramido del sargento del general Harare, un antiguo conductor de taxi que debía de haber visto un programa de televisión sobre Sandhurst o St. Cyr en el escape de una tienda de la capital. Con sonrisas de buen talante, los soldados bajaron una fracción el volumen de sus radios. Harare alzó sus largos brazos a los costados, y se separó de sus seguidores. La presencia de esa fotografía japonesa que correteaba incesantemente entre sus talones le halagaba la vanidad. Pasó de la playa a la superficie de tiza del seco lecho del lago y levantó blancas nubes de molidos huesos de pescado, un Mesías reivindicando su reino de polvo. Detrás de las gruesas gafas de sol su cara sensible, palúdica, era tan afilada como una punta de flecha. Miró fijamente el horizonte pero yo sabía que sólo pensaba en los abscesos de sus dientes.

Una chica de doce años que jadeaba detrás de mí, con una chaqueta de camuflaje demasiado grande, me obligó a arrodillarme entre los restos de botellas de cerveza, paquetes de cigarrillos y revistas pornográficas francesas que formaban la línea de la marea sobre la playa. Aguijoneándome con su viejo rifle Lee-Enfield, esa niña me había traído desde mi celda en el cuartel policial como un granjero a un cerdo grande y mal adiestrado. Yo le había curado el pie infectado esa mañana cuando se había acercado con una partida de mujeres soldados a la clínica improvisada, pero sabía que a la menor señal de Harare me mataría sin vacilar.

Filmado por la fotografía japonesa, el general avanzaba a su paso pensativo hacia las torres de madera de los pozos artesianos cuya construcción yo había supervisado durante los últimos tres meses, y que simbolizaban el elemento que él más odiaba. Me chupé la herida de la mano, pero estaba demasiado asustado para que mis labios se humedecieran. Rogando que los pozos estuvieran tan secos como mi boca, miré la ciudad desierta, las tiendas saqueadas visibles

por encima de los pilares de teca del muelle donde antes atracaba el ferry, a tres metros por encima de mi cabeza. Más allá de los guerrilleros, unos echados en la playa a mi lado, otros bailando al son de sus magnetófonos, vi la columna de humo que subía desde el almacén de la fábrica de cigarrillos, parodia del sosiego que éstos ofrecían en los anuncios de televisión. Bañaba la playa el agradable olor a la hoja de tabaco aromatizada con romero que según decidieran los economistas del Instituto Agronómico, debía transformar la economía de aquella gente olvidada y proporcionar una población estable en la que pudiera reclutar sus fuerzas el capitán Kagwa, jefe de policía local.

Desviado por el viento suave, el humo flotaba hacia la polvorienta jungla que rodeaba la ciudad y se confundía con la bruma producida por un incinerador doméstico desatendido. Detrás de los dispersos tamarindos y las palmeras desgredadas estaban las copas ahora blanquecinas de los robles junto a la boca de un torrente seco cuyas aguas habían llenado el lago Kotto apenas dos años antes. Con sus hojas moribundas desteñidas por el sol, los grandes árboles yacían descuajados en las pedregosas barras de arena, torcidos monumentos fúnebres en un valle de huesos.

Aspiré el aire fragante. Si iba a ser ejecutado, parecía justo que a mí, el médico renegado a cargo de la perforación de pozos para el riego de las plantaciones de tabaco de Port-la-Nouvelle y del abastecimiento de este agradable carcinógeno a las ciudades de la antigua África Oriental Francesa, se me concediera un almacén entero de últimos cigarrillos.

Siempre enfocado por la fotografía japonesa, Harare volvía a la playa a pasos largos. ¿Acaso alguno de los pozos secos había rezumado milagrosamente agua para ese redentor deshilachado? Cuando me señaló con sus brazos flacos que se tocaban solo en las muñecas unidas su cuerpo parecía una azagaya. Me incorporé y traté de estirar mi camisa manchada de sangre. Los guerrilleros me volvían la

espalda de una manera que había observado en sus visitas anteriores. Que ya no se preocuparan por custodiar a sus prisioneros era señal segura de que estaban a punto de acabar con ellos. Sólo la niña de doce años estaba detrás de mí en la playa, y sus ojos vehementes me advertían que no mirara siquiera la venda que yo le había puesto alrededor del pie. Recordé la expresión apenada de Harare cuando había mirado dentro de mi celda del cuartel policial y el reproche que murmuró como si yo me hubiese traicionado deliberadamente una vez más.

—Usted, doctor, debía haberse ido de Port-la-Nouvelle. Habíamos llegado a un acuerdo. —Parecía incapaz de comprender mis verdaderas razones para aferrarme a esa ciudad abandonada junto al lago fósil—. ¿Por qué necesita jugar con su propia vida, doctor?

—Está el dispensario: debe quedar abierto mientras haya pacientes. Esta mañana he atendido a muchos de sus hombres, general. Estoy colaborando realmente con su esfuerzo de guerra.

—Y cuando lleguen las fuerzas del gobierno colaborará con su esfuerzo de guerra. Es usted un objetivo estratégico, doctor Mallory. El capitán Kagwa lo matará si cree que nos es útil.

—Pienso marcharme. Ya es hora.

—Está bien. Esa obsesión por el agua subterránea... Su carrera se ha deteriorado tanto... Siempre elige la posición extrema.

—Pensaré en mi carrera, general.

—Su carrera real, no la que está en su cabeza. Podría ser demasiado tarde...

Las radios sonaban más fuerte. Un joven guerrillero, con las ventanas de la nariz tapadas de pus a causa de la infección del tabique nasal, bailó hacia mí, los ojos clavados en los míos y las rodillas entrechocándose a centímetros de mi cara. Recordé la pregunta de la japonesa y sus curiosas supo-

siciones de que yo había provocado ese ejercicio de justicia sumaria, entre las latas de cerveza y las revistas pornográficas de esa playa desierta en el centro olvidado de África, y de que había decidido ya mi propio destino.

### 3. El tercer Nilo

LA UNIDAD GUERRILLERA había emergido de la selva esa mañana a las nueve, poco después de que el avión explorador del gobierno completara su ronda diaria del lago Kotto. Durante la noche, mientras yacía despierto en la caravana aparcada detrás de la clínica, oí a los soldados rebeldes moverse en la oscuridad en las afueras de Port-la-Nouvelle. Los rayos de sus linternas de señales rozaban los postigos de la ventana junto a mi litera, como antenas de inmensas mariposas nocturnas. En una ocasión oí pasos en la grava, y sentí que unas manos acariciaban la estructura de acero de la caravana. Durante unos pocos segundos alguien meció suavemente el vehículo, no para turbar mi sueño sino para recordarme que el día siguiente me sacudirían con aspereza algo mayor.

Al amanecer, mientras conducía mi jeep hasta las perforaciones, la ciudad estaba nuevamente silenciosa. Sin embargo, mientras abría mi botella de cerveza del desayuno sobre la plataforma del aparejo vi al primer guerrillero, que vigilaba la escalera del cuartel de policía, y a otros que se movían por las calles vacías. Más allá de los muelles silenciosos, en el patio delantero de las saqueadas salas de exhibición de la Toyota, Harare estaba con su custodia entre los maltratados surtidores de gasolina, moviendo con cautela sus pies entre las astillas de los gruesos cristales.

A pesar de su ambicioso sueño de una provincia secesionista del norte, Harare era crónicamente inseguro. Estudiante de odontología de una universidad francesa, en un tiempo, se había dado el nombre de la capital de una na-

ción africana recientemente liberada, como los otros cuatro generales del frente revolucionario, de los cuales ninguno mandaba más de un centenar de soldados acosados por las enfermedades. Pero sus ideales socialistas coexistían alegremente con una segunda carrera de bandidaje y contrabando de armas a través de la frontera del Chad. Tras la desecación del lago y la virtual muerte del río Kotto —sus fuentes eran ahora poco más que una sucesión de meandros superficiales— había decidido extender su dominio hasta Port-la-Nouvelle e imponer el orden marxista a sus saqueados garajes y tiendas de radio.

Por encima de todo, Harare detestaba el proyecto de perforación y a toda persona relacionada, como yo, con la peligrosa tentativa de extraer agua de la napa menguante y regar las granjas cooperativas en que los burócratas del Instituto Agronómico habían dilapidado sus fondos. El avance del desierto hacia el sur era el mejor aliado de Harare, y el agua, en todas sus formas, su enemiga declarada. El cambio del clima y la inminente llegada del Sahara habían llevado al abandono del lago Kotto por las fuerzas del gobierno. La mayor parte de la población de Port-la-Nouvelle se había marchado incluso antes de mi propia llegada, seis meses antes, como médico a cargo de la clínica de la OMS. Esa misma semana la guerrilla de Harare había saboteado el viaducto de hierro galvanizado que llevaba el agua desde las bombas de los pozos hasta el depósito de la ciudad. El ingeniero belga que dirigía el proyecto había sido herido durante la incursión. Con la esperanza de salvar la empresa, yo traté de ocupar su lugar, pero el personal africano pronto se hastió y abandonó. Los pocos trabajadores de la fábrica de cigarrillos que quedaban llenaron sus maletas de cartón con hojas sin curar y se marcharon al sur en el último autobús.

Nada de esto me desalentó, por motivos que ya entonces debería haber sospechado. Con pocos pacientes que cuidar, me convertí en hidrógrafo e ingeniero aficionado.

Antes de ser evacuado en la ambulancia de la policía el administrador belga me mostró sin esperanzas los informes de sus investigaciones. La exploración ultrasónica del geólogo del Instituto sugería que los plegamientos de estratos de caliza a sesenta metros por debajo del lago Kotto habían creado un vasto acuífero subterráneo procedente del lago Chad. Este canal subterráneo no sólo podía volver a llenar el lago Kotto sino también regar los campos circundantes y hacer que fueran navegables las fuentes del río Kotto.

El sueño de un Sahara verde, quizá designado con mi nombre, que alimentara a los pobres del Chad y el Sudán me hacía compañía en la destartalada caravana en que pasaba las noches después de los largos paseos por el lago en que perseguía las cotas subterráneas de los gráficos, que a veces parecían representar los perfiles de la pesadilla que dormitaba en mi cabeza.

Sin embargo, el polvo absorbió pronto esas esperanzas. Ninguno de los seis pozos había dado más que unos cuantos centenares de litros de agua salada y contaminada de gas. La hilera de perforaciones muertas se extendía a través del lago; ya se estaban llenando de huesos molidos de pescado. Durante unas semanas los pozos fueron alojamiento temporario de los nómadas que huían de las zonas de hambre del Sudán Meridional hacia el oeste. Cuando examinaba los pozos durante mis rondas de inspección, encontraba familias enteras acampadas en la plataforma inferior, en cuclillas alrededor de la perforación como rbdomantes desanimados.

Sin embargo, el fracaso del proyecto de riego y la invasión del Sahara sólo fueron un nuevo acicate y encendieron un faro distante cuyas señales exactas aún no había recibido. No era sólo la casualidad, suponía, lo que me había llevado a esa nación, encerrada por la guerra, que se extendía entre las fronteras del Chad, el Sudán y la República Cen-

troafricana en el corazón muerto del África, un país tan próximo a la nada como podía encontrarse en el planeta.

Cada día, al descender de mi caravana, casi me alegraba de la nítida blancura del polvo que el viento de la noche había arrojado contra los neumáticos desinflados. Desde la torre del aparejo de excavación podía ver el bosque cada vez más debilitado. En Port-la-Nouvelle la vegetación todavía estaba verde bajo los árboles, pero ocho kilómetros al norte, donde la selva se convertía en pradera, la red de arroyos que habían llenado en un tiempo el lago Kotto era ahora un esqueleto de plateados oasis. Día tras día el desierto se acercaba. No era una avalancha de dunas sino un avance apenas visible, que se advertía al ocaso en la mayor cantidad de luz reflejada por la pradera y en el brillo opaco del bosque a lo largo del río, semejante al de una esmeralda muerta a la que le hubieran robado la luz.

La aproximación del desierto, yo lo sabía, se había convertido casi en un desafío personal. Mediante una variedad de excusas logré que el director de la oficina de la OMS en Lagos prorrogara mi contrato de tres meses en Port-la-Nouvelle, aunque yo era el único paciente posible en la ciudad. De todos modos mis esfuerzos para encontrar agua habían fracasado por completo, y el polvo invadía mis huesos con su marea oscura.

Luego, un mes antes de la última incursión de Harare, toda mi frustración se disipó cuando un grupo de ingenieros militares llegó a Port-la-Nouvelle. Pusieron en marcha la topadora del proyecto de riego, reclutaron a los últimos miembros del personal de excavación y empezaron a ampliar la pista de aterrizaje cubierta de hierba de la ciudad. La pista de tierra reforzada con red de alambre penetraba ahora trescientos metros en el bosque. Desde la diminuta torre de control, una choza de hierro galvanizado apenas mayor que una cabina telefónica, miré la jungla destripada. Imaginaba el aterrizaje de un cuatrimotor Hercules o Antonov cargados con el más moderno equipo de excavación

ruso o norteamericano, sondas hidrográficas y suficiente gasóleo para alimentar por un año más el proyecto de riego.

Pero la salvación no llegaba. Poco después de completarse la prolongación de la pista aterrizó allí un avión ligero pilotado por una fotógrafa japonesa. Esa misteriosa joven, que acampaba en una pequeña tienda bajo el ala de su avión, recorría Port-la-Nouvelle con su traje de aviadora y fotografiaba todos los signos de pobreza que veía: las destartaladas cabañas, las ratas de las cloacas que combatían por su reino, las cabras flacas que devoraban las últimas plantas de tabaco. Ignoraba mi clínica, modesta pero bien equipada. Cuando la invité a visitar la sala de maternidad sonrió con aire de conspiradora y luego tomó vistas del perro de caza del administrador belga, aplastado por los vehículos militares.

Poco después los ingenieros se marcharon sin devolver la topadora, y lo único que surgió de esa herida en la selva fue la guerrilla del general Harare, a la que se unió la señorita Matsuoka como fotógrafa de la corte. Yo supuse que era una simpatizante liberal de Harare, o la representante de una fundación filantrópica japonesa. Y el proyecto de riego murió cuando el último trépano de diamante quedó inmóvil, incrustado en el suelo de arenisca. Me resigné a aceptar la autoritaria advertencia del jefe de policía local. Cerraría la clínica, abandonaría mi sueño de un Sahara verde y volvería a Lagos a esperar que me repatriaran a Inglaterra. El gran acuífero situado debajo del lago Kotto, quizá un invisible afluente de un tercer Nilo, capaz de inundar el Sudán, continuaría su curso sin tenerme en cuenta, un leviatán dormido, inexpugnable en sus profundidades de caliza.